

## Reseñas

Carlos Macías Richard, Martín Ramos Díaz, Pedro Bracamonte y Sosa y Gabriela Solís Robleda, *El Caribe mexicano. Origen y conformación, siglos XVI y XVII*, Universidad de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa, México, 2006, 527 pp.

El libro *El Caribe mexicano* está compuesto de tres estudios cuyo interés —se infiere por el título de la obra— es ahondar, desde diversas ópticas, en el nacimiento y desarrollo de los pueblos del Caribe mexicano en los tiempos de la colonia. El primero de estos textos, de la autoría de Carlos Macías, se titula “Alborada del Caribe mexicano. La costa de Yucatán-Honduras bajo la conquista temprana del Nuevo Mundo, 1501-1536”; el segundo, de Martín Ramos Díaz, “Libros, ideas y educación en la frontera sureste de la Nueva España”, y el tercero, de Pedro Bracamonte y Gabriela Solís, “Insumisos e idólatras. Los mayas del Caribe peninsular durante la colonia”.

Este libro trata aparentemente de hechos conocidos acerca de los cuales ya se ha escrito mucho —como puede ser el descubrimiento y el poblamiento de la península de Yucatán—; sin embargo, los cuatro autores, a través de un uso minucioso de las fuentes primarias, y a partir de una puntual crítica, así como del cruce de di-

versas fuentes, reconstruyen los hechos y aportan nuevas visiones de la historia del Caribe mexicano. Es importante señalar, sobre todo, que tratan de ir más allá de los datos consignados por los cronistas, cuyas versiones han sido tomadas muchas veces al pie de la letra, sin ponerse a cuestionar sobre su veracidad.

En primer lugar, Carlos Macías realiza una minuciosa reconstrucción de 35 años de la historia del Caribe, de 1501 a 1536. Su estudio es el más extenso y el mejor estructurado del libro. Una característica que sobresale en el trabajo es el esfuerzo por integrar estos primeros años de la conquista y colonización de Yucatán en un contexto geográfico amplio, que abarca toda la península y llega hasta Honduras porque así lo veían los conquistadores en ese temprano siglo XVI, como un todo.

Carlos Macías inicia su trabajo con una afirmación muy sugerente que además se encarga de mostrar puntualmente: “que el nacimiento de Nueva España tuvo lugar en las costas del Caribe mexicano”, justo en 1517, con la entrada del capitán Francisco Hernández de Córdoba. Desde los primeros años de la ocupación española todo el espacio ocupado ahora por Dominicana, Haití, Cuba, Jamaica, Bahamas, Antillas y parte de la tierra firme fue conocido como Caribe, nombre, que según el cro-

nista Gonzalo Fernández de Oviedo, se aplicaba a todo aquel con un carácter “bravo, u osado o esforzado”. Macías nos aclara que él recupera esta definición clásica del cronista, pues

otorga sentido a una noción histórico-cultural de *caribe*, al tomar en cuenta no sólo las porciones insulares sino también las costas de tierra firme, y a la vez definir el concepto a partir de la resistencia de los indígenas de la cuenca y de las islas (p. 25).

En virtud de que es imposible dar cuenta en unas pocas líneas de la riqueza del análisis del autor, sólo esbozamos las líneas generales de su estudio. Inicialmente se centra en la primera etapa de exploración, entre 1501 y 1510. En general la llevan a cabo flotas patrocinadas por la corona española y la casa de Contratación; su objetivo era hallar el camino hacia la Especiería, es decir, India y China. De singular importancia para la zona del Caribe fue la expedición de Rodrigo Bastidas de 1501, el cuarto viaje de Cristóbal Colón de 1501-1503, el de Juan Díaz Solís y Vicente Yáñez Pinzón de 1508-1509 y el de Alonso de Ojeda y Diego Nicuesa de 1509-1510. Cabe mencionar que estos últimos traían entre sus hombres a Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. De particular interés resultan los argumentos que el autor expone para mostrar que la versión —manejada desde los tiempos de Cortés hasta la época actual— de que las flotas de Díaz Solís y Yáñez Pinzón llegaron a Yucatán no puede ser factible, pues basado en documentos de archivo, crónicas y, sobre todo, de la cartografía de la época se colige que ellos no llegaron más que a las “Higueras”. Pero este error repetido desde un principio se debe precisamente

a la imprecisa noción geográfica que se tenía de Yucatán.

La segunda parte del estudio comprende las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517), Juan de Grijalva (1518) y Hernán Cortés (1519). Es a Hernández de Córdoba a quien debemos el concepto de Yucatán, mismo que sirvió a las expediciones posteriores a la de él para describir unos territorios que estaban al alcance desde la isla de Cuba, claramente diferenciados de otros ya conocidos como el Darién o las islas Guanaja.

La tercera y última parte está consagrada a la conquista temprana de la costa de Yucatán-Honduras, 1522-1536. El autor desenmaraña todos los intereses creados alrededor de Honduras, al haber varias personas en distintos polos que tenían en la mira este territorio y que realizaron empresas militares domésticas: en Santo Domingo, Gil González Dávila y el piloto Andrés Niño, en Nueva España, Hernán Cortés; en La Habana, el gobernador Velásquez, confabulado con Cristóbal de Olid, y en Panamá (el Darién), Pedrarias Ávila. Como se sabe, en 1524 Cortés llegó a las Higueras en un viaje considerado como un fracaso. Otras páginas están consagradas a las incursiones de Francisco de Montejo y Alonso Dávila: en 1526 el primero consigue que se le otorguen atribuciones para “conquistar y poblar ‘las islas’ de Yucatán y Cozumel”. A partir de un balance del periodo inicial de conquista de Yucatán, de 1529 a 1533, el autor sostiene que en ese tiempo sobresale un gran optimismo, la ingenuidad o el muy escaso conocimiento acerca de la geografía peninsular y de sus linderos con Acalán y Honduras. Por ejemplo, Montejo pensaba que podía apropiarse del territorio con muy pocos hombres. Poco a poco

fue apareciendo ante sus ojos su extensión real.

Muy interesante resulta la reconstrucción de Macías en torno a la toma de Chitmal por Alonso Dávila. Chitmal fue la primera villa española de la península. El informe de Dávila acerca de este asentamiento, publicado por primera vez completo, se incluye en el anexo. Mención especial merecen los mapas, algunos de elaboración propia y otros tomados del Archivo Histórico Nacional de Madrid.

Pasemos ahora al estudio de Martín Ramos, quien toma el camino de la historia cultural y estudia a los primeros letrados en Yucatán, las escuelas, los libros que entraron a la península y que se escribieron o tradujeron ahí durante los primeros siglos de colonización española.

Para adentrarse en la conformación del mundo cultural en el siglo XVI, el autor decidió ahondar primero en los libros que se leían en los conventos y escuelas de indios en Yucatán, así como entre algunos particulares. Con tal objetivo, una lista de 1586 de 116 libros recogidos por el Santo Oficio de Yucatán resultan de gran interés para identificar tanto a los autores como a los dueños. El autor también estudia las escuelas de indios mayas y sus promotores. Entre ellos destacan las escuelas de Maní, Valladolid e Izamal, de donde salieron alumnos que dejaron crónicas de sus pueblos como los Pech o Gaspar Xiu. Los franciscanos, dice el autor, "salvaban almas para el dios de los cristianos y con la misma devoción salvaban palabras para la posteridad". Así emprendieron la obra de escribir vocabularios y gramáticas. Muchos de estos se han perdido, como la *Doctrina* de fray Luis de Villalpando o el *Vocabulario Mayathan* de fray Francisco de la Torre. Algunos pocos sobrevivieron, como

el *Calepino de Motul*, de fray Antonio de Ciudad Real, y el *Arte de Lengua Maya*, de fray Juan Coronel.

Después de la fundación de escuelas de indios el siguiente paso fue la apertura de un colegio para los criollos y españoles, obra que fue llevada a cabo por los jesuitas a partir de 1618. Este hecho es fundamental en la historia de Yucatán, pues permitió la instrucción de varios criollos y la llegada de humanistas y educadores con ideas nuevas, los cuales traían además noticias y novedades bibliográficas. Entre ellos destaca Francisco Javier Alegre. La permanencia del colegio se vio amenazada 30 años después con la epidemia de 1648 que acabó con la mayor parte del personal. Consecuencia de ese fatídico acontecimiento fue que fray Bernardino de Valladolid decidiera entonces traducir al maya el *Dioscórides*, un tratado de medicina de un médico griego que sin ninguna duda iba dirigido a la población maya para ofrecerles alternativas médicas, lo que quiere decir también que había un grupo que podía leerlo. Así, a través de las lecturas y los lectores, las escuelas, los maestros y los alumnos, Martín Ramos nos lleva por los caminos de otra conquista que fue la cultural.

Finalmente, Pedro Bracamonte y Gabriela Solís construyen su trabajo alrededor de dos temas que ellos llaman mitos de la historia colonial de la costa oriental de la península yucateca: la figura en torno a Gonzalo Guerrero y la idea del Caribe mexicano como un extenso territorio litoral deshabitado, alejado de la civilización y presto a la colonización.

En cuanto al segundo mito, la idea del Caribe mexicano como un espacio vacío, prevaleció por mucho tiempo. Sin embargo, los autores nos lo muestran como una

zona con una lógica propia, repoblada constantemente por indios huidos que ahí se sentían a salvo de la presencia española. Así, primero conocemos el desarrollo de la villa de Salamanca de Bacalar, cuya reducida población blanca sufrió de escasez de recursos y de indios tributarios. Los programas tendientes a rehabilitarla y poblarla resultaron un fracaso. De hecho, Bacalar no fue más que un enclave para reducir el número de indios fugitivos y defender a la provincia de los ingleses, cortadores de palo de tinte. A pesar de la situación precaria para los españoles, la región significaba para los indígenas una zona de libertad, al no haber nadie que los controlara. Por esta y otras razones, los autores no dudan en afirmar que existieron asentamientos poblados por indios libres en el Caribe peninsular, durante toda la época colonial.

Cozumel, a pesar de su lejanía, fue importante por el papel que desempeñó en los primeros viajes de descubrimiento y conquista. Por este motivo, la corona nunca dejó a la isla fuera de la política de colonización, aunque la evangelización no se inició hasta mediados del siglo XVI, a pasos muy lentos. Los autores nos ofrecen una crónica detallada de los pormenores de la llegada de los franciscanos, su resistencia a vivir en un lugar alejado y la instalación final de un cura secular. ¿Pero qué pasaba en lugares distintos a Bacalar y Cozumel? Bracamonte y Solís sostienen la idea que los habitantes del Caribe peninsular lucharon por mantener sus espacios de autonomía política y religiosa, de ahí que hubiera un constante flujo de indios fugitivos proveniente de los pueblos cristianos del interior.

Pero al mismo tiempo ese gran espacio de libertad era visto con malos ojos por las autoridades. Así, a fines del siglo XVI

dió inicio un proyecto del obispado yucateco para erradicar las llamadas idolatrías y recuperar matrículas tributarias. Cabe mencionar que los franciscanos pensaban que a ellos sólo les correspondían los indios gentiles, mientras que los apóstatas e idólatras eran responsabilidad del obispo. De ahí que rehusaran ir a Cozumel, por ejemplo.

Los artífices del proyecto de reducción del número de indios fugitivos y la extirpación de idolatrías fueron el cura Pedro Sánchez de Aguilar, el cura Alonso Lara y el cacique de Chancerote Juan Chan y sus tres hijos, aunque los autores no ahondan en las motivaciones de esta colaboración. A pesar de estas acciones, unas cuantas personas no podían abarcar todo el espacio, el cual continuó siendo tierra de indios insumisos: las rebeliones —como la de 1624 y 1636— no se hacían esperar cuando los indígenas sentían amenazada su independencia.

Hay asuntos que se abordan en los tres trabajos; por ejemplo, las figuras míticas de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, los dos naufragos encontrados por Cortés en su expedición por Yucatán. Sin embargo, cada uno de los autores aporta diferentes y rigurosas reconstrucciones para conocerlos como seres de carne y hueso. Por un lado, Macías se aboca a la figura de Aguilar. Como parte de su estudio realiza un cuadro comparativo cronológico donde incluye diferentes versiones acerca de la presencia de los dos españoles en la costa oriental de Yucatán. En él contrasta las visiones muy conocidas de López de Gomara, Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo con otras menos socorridas como la de Andrés de Tapia y la del gobernante Nakuk Pech. Por otro lado, Martín Ramos señala que “en la génesis de la hispa-

nización maya primero fue el verbo, anómalamente antes de las armas” (p. 329). Así resulta que Jerónimo de Aguilar llevaba entre sus pertenencias un libro de *horas*, “un manual de oraciones para santificar las horas de cada día y los días de cada año”. El autor se pregunta si no fue este libro lo que marcó la gran diferencia entre Aguilar y Gonzalo Guerrero. Como todo mundo sabe, este último decidió quedarse a vivir con los mayas. En el caso de Aguilar las *Horas* lo aferraron al mundo hispano, pues le sirvieron para orar y llevar la cuenta de los días, algo que su compañero perdió. Jerónimo de Aguilar fue el primer europeo en introducir un libro europeo a Yucatán. Según Martín Ramos, este libro habría tenido influencia en la estructura de los almanaques mayas escritos después de la conquista, aunque sólo es una hipótesis en la que ya no ahonda. Finalmente, Bracamonte y Solís se abocan al mito de Guerrero, personaje sobre el que se tienen dos posiciones. La primera, proveniente de sus contemporáneos, quienes lo consideraron un traidor al negarse a dejar a su familia indígena y alinearse, primero con Cortés, y luego con Montejo. La segunda, elaborada por los modernos, quienes lo consideran el primer forjador de la nacionalidad mexicana y a sus hijos los primeros mestizos. En esta visión Quintana Roo es la cuna del mestizaje. Poco se sabe del papel que desempeñó en la nueva sociedad que lo acogió, pero hay algunas evidencias que señalan que murió en Honduras hacia 1534 luchando contra los españoles.

Este libro es importante porque abre la reflexión acerca de los orígenes de Yucatán y los personajes implicados en los procesos de conquista. También sobre los conceptos de territorialidad y cómo han ido

cambiando, pues tal parece que en el siglo XVI se tenía una visión más de conjunto y más global de Yucatán de la que tenemos ahora.

Laura Machuca  
CIESAS-PENINSULAR

Jaime E. Rodríguez O. (coord.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Fundación MAPFRE Tavera, Madrid, 2005, 614 pp., ils.

#### REVISIONISMO DE LA INDEPENDENCIA

A principios de la década pasada, Enrique Florescano publicó *El nuevo pasado mexicano*,<sup>1</sup> donde pone en valor la revolución historiográfica de los años 1960-1990, cuyo fundamento teórico era un trabajo pionero<sup>2</sup> del propio Florescano donde había demostrado que los avances historiográficos siempre van asociados al conjunto de los cambios sociales. En su libro, don Enrique se ocupa principalmente de la corriente “revisionista” de la revolución mexicana y, aunque considerable, es más magra la cosecha para la historiografía del siglo XIX; no obstante, menciona obras fundamentales sobre la independencia como su propio trabajo sobre *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1910)*, así como los trabajos de Luis Villoro, Nettie Lee Benson, Hugh Hamill, Brian R. Hamnett, Ana Macías, Timothy E. Anna, John Tutino, sin faltar *El naci-*

<sup>1</sup> Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, Cal y Arena, México, 1991.

<sup>2</sup> *Ibid.*, y “El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana”, *Nova Americana*, núm. 3, 1980, Turín, pp. 199-238.